

# Ramón Iglesia: del historiador como héroe trágico

◆  
ÁLVARO MATUTE

**L**a teoría é il capitano e la prattica sono i soldati. Con estas palabras de Leonardo da Vinci concluye Ortega y Gasset su ensayo "Mirabeau o el político", y vienen totalmente a propósito para servir de guía a lo que expresó Ramón Iglesia en sus reconsideraciones sobre la relación textual entre Francisco López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo. Congruente con lo que siempre predicó, Ramón Iglesia no podía exceptuarse a sí mismo de modificar un punto de vista, si su experiencia vital así se lo reclamaba. Para Iglesia, la escritura de la historia, como cualquier tipo de escritura, es expresión de la vida. Detrás del historiador está el hombre.

Antes de la Guerra civil, y después del peregrinaje obligado por diversos centros académicos de Europa, Ramón Iglesia, al promediar los treinta años, trabajaba en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, en una edición crítica de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* del célebre soldado-cronista Bernal Díaz del Castillo. En ocasión del XXVI Congreso de Americanistas celebrado en Sevilla en 1935, presentó una ponencia en la que anticipaba algo del estudio preliminar a su edición, que jamás llegó a concluir. La tesis que ahí sustentaba se refería a "Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española".<sup>1</sup> El trabajo es, hasta donde resulta posible constatar en la producción elaborada hasta entonces en torno al cronista, plenamente original. La tesis del popularismo, pese a lo que años después argumentaría Iglesia, es

muy sustentable. Yo, al menos, la entiendo en dos planos: el que se refiere a la producción misma de la obra historiográfica y el que atiende a su contenido. El primero me parece hoy en día rescatable; el segundo es el que nuestro autor sometió a la navaja de la autocrítica.

El popularismo, como elemento de producción historiográfica, es digno de tomarse en cuenta por lo que respecta a la explicación de cómo es posible que un iletrado indoc-to escriba una obra maestra de la crónica. Ese popularismo, según Iglesia, viene de la crónica castellana de la baja Edad Media, en la cual no sólo un Pérez de Ayala era capaz de escribir una obra de esa naturaleza, sino cualquier hijo de vecino que tuviera el arrojo de hacerlo, fueran cuales fueran los elementos con que contara para llevar a fin su empresa. Iglesia argumenta en favor de su tesis de manera plausible y así llega a la explicación de cómo Bernal, tras la lectura indignada del libro de Gómara, decide enmendarle la plana y escribir su propia obra para refutarlo y dar a conocer la verdad de lo ocurrido.

Ahora bien, esa verdad de lo ocurrido también implica una suerte de popularismo, en el sentido de no hacer una historia en la que el gran capitán fuese el protagonista, sino el propio ejército, integrado por todos aquellos que decidieron embarcarse hacia el Nuevo Mundo. El segundo ensayo, que tiende a matizar el entusiasmo de Iglesia en favor de la participación de todos en la hazaña de la conquista, se dio a conocer en México en 1940, con el título de "Las críticas de Bernal Díaz del Castillo a la *Historia de la conquista de México*, de López de Gómara".<sup>2</sup> Ahí subraya

<sup>1</sup> El texto está recogido en R. Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, El Colegio de México, México, 1944, 306 p. Véase "Dos estudios sobre el mismo tema", en pp. 51-96. Para una semblanza del autor y una bibliografía mayor sobre él, cfr. mi introducción a la segunda edición de esa obra, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, pp. 7-15.

<sup>2</sup> Recogido en *op. cit.*, con unas palabras preliminares con que explica su cambio de actitud.

la sinrazón de Bernal en el sentido de apreciar como inaceptables sus señalamientos acerca de que eran los soldados quienes tomaban las decisiones, al margen de lo que les indicaran Hernán Cortés y sus capitanes. Como lector democrático, eso le había parecido factible; como hombre que vivió una guerra en el frente, comprendió que eso era imposible. Las palabras de Leonardo que rescata Ortega y Gasset, si bien no son citadas por Iglesia, vienen a cuento: *la teoría é il capitano; la prattica sono i soldati*. Ahí queda dicho todo.

En su breve nota preliminar a los “dos estudios sobre el mismo tema” Iglesia afirma que en el primer estudio “acepto como verdadera la visión dada por Bernal de la conquista de México. Son los hombres que rodean a Cortés, y no el conquistador, quienes llevan todo el peso de ella, quienes tienen la iniciativa y la responsabilidad en los momentos más difíciles. Cortés es uno de tantos hombres que le acompañan” (p. 57). Más adelante agrega que, de no producirse la guerra de España, al culminar la introducción a su edición crítica de la *Historia verdadera*, hubiera seguido esa línea. Pero al participar en aquélla adquirió una experiencia

que no me hubieran dado todos los libros de historia del mundo. Y veo de cerca cuál es en la guerra—esa piedra de toque de todos los valores humanos, pues en ella existe de continuo la presencia de la muerte, más desvanecida y oculta en la vida ordinaria—el papel de los jefes, de los que saben mandar, y de los soldados que saben obedecer y morir, la necesidad profunda de una jerarquía y de la disciplina en un ejército, cosas que habíamos ido olvidando, desdénando tal vez, en nuestra sociedad civilizada, liberal e individualista (p. 57).

Al terminar la guerra y reintegrarse, en el exilio mexicano, a las labores de análisis histórico, la relectura lo lleva a otras conclusiones, así como a revisar con nuevos ojos la obra de López de Gómara: “aunque no acepto totalmente el exclusivismo cortesiano de Gómara, reconozco que Cortés tuvo un papel mucho más destacado en la conquista que el que Bernal le asigna” (p. 58). Tras preguntarse si hubiera experimentado ese cambio de opinión sin haber tenido la experiencia de la guerra, su respuesta es negativa. Por eso publica los dos trabajos reunidos, para situarse como puente entre ambos, un puente vivencial que lo lleva de una orilla a otra. El rescate de la experiencia vital no sólo adquiere validez mediante citas textuales de la obra de

Dilthey—que otro notable escritor del exilio traducía al español entonces—, sino por tener el propio Iglesia su *erlebnis*, su vivencia.<sup>3</sup>

En el marco de la época, eso no era usual. Que un historiador académico se atreviera a darle más valor a la vivencia que a la erudición era todo un atentado contra la academia misma. ¿Cómo cambiar de punto de vista, así nada más? Para el erudito, los libros deben estar por encima de la experiencia vital, pero si los libros no están nutridos de experiencia vital, resultan ilegibles, y a lo más que pueden aspirar es a ser consultados, jamás leídos. Encontrar en ellos un dato, una precisión. Por eso, la reivindicación del factor vital resulta atrevida. Hay más. La honradez intelectual de Iglesia se aprecia en el hecho de reivindicar como verdad el reintegrar al conductor su papel protagónico en la historia, en detrimento del conjunto, del pueblo, en una época en la que esto, por lo demás, resultaba peligroso, en la medida en que los pueblos del mundo padecían a muchos “grandes hombres”. Suena a traición de un ideal democrático, a un retorno monárquico en un tiempo en que esto debía ser proscrito. No es que Iglesia haya realizado una conversión a la derecha. Por otros textos y testimonios se sabe que no fue así, que Iglesia conservó siempre sus mismos ideales. Lo que resalta es su vocación por la verdad, aunque hubiera sido más bello y justo reivindicar el popularismo como acción en la historia. Tal vez por esos mismos años Bertolt Brecht escribía aquello de “¿quién construyó Tebas, la de las siete puertas?...” Nuevamente Leonardo. El papel de la muchedumbre en la historia no está, desde luego, en la conducción. Ciertamente, sin ella, los *condottieri* no tendrían a nadie detrás de sí.

Iglesia, sobra decirlo, sabía de qué hablaba. Desde octubre de 1936 se incorporó al Batallón Félix Bárcena, donde estuvo hasta mayo de 1937; después participó en el Frente Norte voluntario, de junio a octubre, en diversas unidades de infantería, en el Estado Mayor del C.E. Santander y del Ejército del Norte. También figuró en el Estado Mayor del Ejército de Maniobra y el Estado Mayor Central, en la sección de Información, hasta el fin del conflicto. Fue ascendido a capitán en campaña por méritos de

<sup>3</sup> Hay documentación de que por entonces no se acababa de aceptar en castellano la palabra *vivencia*. Iglesia la escribe en alemán. Más tarde, Eugenio Ímaz, el traductor de Dilthey, señala que un académico de la lengua, don Alfonso Junco, ya la había empleado. Para los lectores de medio siglo después, cabe aclarar que Junco era un hombre muy conservador, por lo que le dio una carta fundamental al vocablo.

guerra. Sus jefes fueron el comandante Juan de Pablo y el coronel Manuel Estrada. Asistió a la ofensiva de abril de 1937 en Casa de Campo, Bilbao. Recibió una herida leve en la cabeza por bombardeo.<sup>4</sup> Es decir que, en los tres años de hostilidades, nuestro autor ganó una enorme experiencia en materia castrense, que no habría podido obtener, como él dice, con la lectura de todos los libros del mundo.

La recepción de esto, que para Iglesia era dramático, no fue mala. Un lector inteligente, Edmundo O'Gorman, que era compañero de armas de Iglesia en el combate por una historia fresca, vital, comprensiva, no petrificada, escribió este largo pasaje:

...lo más interesante [del libro] es la lección que encierra en cuanto que todo él es una sincera confesión de la miseria o de la grandeza, según se quieran ver las cosas, de la tarea del historiador ... cuando un historiador reúne trabajos escritos durante un largo lapso de su vida se preocupa por excusar ... las contradicciones que resultan entre lo que escribió en una fecha y lo escrito posteriormente. Es decir, se sacrifica la autenticidad (historicidad) de la obra en honor a la coherencia y de la unidad lógica cediendo al temor de pasar por inconsistente ante los ojos de la crítica. Pero semejante actitud equivale ... a una anulación de la propia vida, y no, como caritativamente se piensa, a la humilde confesión del propio error, porque en historia, como en poesía, no hay, estrictamente hablando, la Verdad en el conocimiento ... Ramón Iglesia no sólo trata de un modo expreso y luminoso este fundamental problema en aquellos ensayos dedicados a la teoría o filosofía de la historia, sino que, dando un paso más, tiene el valor de ofrecerse a sí mismo como un ejemplo, arrojando la condenación de la crítica ... Confiesa abiertamente que únicamente debido a ciertas experiencias de su vida personal, señaladamente el haber estado en el campo de batalla al servicio de las armas de la República Española, pudo percibir en las viejas crónicas indianas matices de interpretación que de otra manera se le hubieran escapado, de tal manera que, para él, la verdad histórica queda conscientemente condicionada a esa en apariencia arbitraria contingencia.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Comité Técnico de Ayuda a Refugiados Españoles (CTARE), Archivo de la Dirección de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), expediente 1650, Iglesia Parga, Ramón, junio de 1939, f. 3. El autor agradece a la licenciada Magdalena Ordóñez Alonso la cortesía de haberle proporcionado copia de este expediente.

<sup>5</sup> E. O'Gorman, reseña de Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, en *El Hijo Pródigo. Revista literaria*, año II, núm. 21, vol. VI, 15 de diciembre de 1944, p. 186.

La crítica reciente se expresa en los mismos términos: "esta dolorosa experiencia obligó a Iglesia a reflexionar más y mejor sobre el papel que la propia subjetividad y la propia experiencia vital desempeñan en el trabajo del historiador".<sup>6</sup>

Además de los trabajos teóricos de Iglesia, a los que alude O'Gorman en su nota, en los cuales rompe lanzas, y de una manera enfática, en favor de la historia vital, hay dos textos del historiador hispano en que reivindica la vitalidad del autor en función de la obra. Por una parte, llama la atención acerca de la actitud de don Carlos de Sigüenza y Góngora, el criollo que a finales del siglo XVII exaltaba la ejemplaridad de las virtudes políticas de los gobernantes mexicas, mientras que lanzaba invectivas contra los indios que se amotinaron a causa de la carencia de maíz e incendiaron el edificio del cabildo. Incongruencia histórica propiciada por una experiencia vital: se desprecia al indio vivo mientras que se eleva a monumento al indio histórico. La otra gran experiencia vital puesta al servicio de la escritura de una obra fue la advertida en el fraile franciscano Jerónimo de Mendieta, quien en sus cartas a Felipe II expresa su auténtica pasión por la defensa de los indios, en un momento crítico donde, por causa de lo que la demografía histórica ha llamado la "gran depresión", vivía en medio de la peor mortandad que registró la historia mexicana. Su *Historia eclesiástica indiana* no es un libro indiferente a esa procuración en favor de los naturales, a quienes atendía mientras los veía morir.

Su último texto, producto de una charla impartida en su "segundo exilio" en la Universidad de Wisconsin, es otra muestra de vivencia, en este caso amarga, que resume su diatriba personal contra la España que lo expulsó a su peregrinar por dos de los países del norte de América: México y los Estados Unidos. En otro texto he insinuado que Iglesia era una suerte de predestinado: americanista por profesión, terminó viviendo en las tierras que había anticipado en los estudios.<sup>7</sup> Pero su vida en México no corrió por buen camino. Al menos la lectura de su expediente permite acercarse a la dificultad que implicó llegar sin numerario a una nación extraña, a tomar sus alimentos en el comedor colectivo instalado junto al

<sup>6</sup> C. E. Lida y J. A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural (1940-1962)*, El Colegio de México, México, 1990, p. 137.

<sup>7</sup> Á. Matute, "Ramón Iglesia: el factor humano y la crítica", en Á. Matute (ed.), *Historiografía española y norteamericana sobre México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992, pp. 99-104.

Monte de Piedad y a alojarse en la habitación que le proporcionó el escritor Juan de la Cabada. El 2 de julio de 1939, solicitaba al Comité Técnico de Ayuda a Refugiados Españoles (CTARE) la cantidad de sesenta pesos mensuales para pagar su alojamiento, hasta que encontrara trabajo.<sup>8</sup> Éste llegaría pronto. Iglesia fue contratado como profesor de español en la Escuela de Verano para estudiantes extranjeros de la Universidad Nacional. A partir de ese momento, cada año se le renovaría el contrato, según consta en los archivos de la institución.<sup>9</sup> No sólo impartió materias de lengua, sino también de literatura española, entre ellas el imprescindible curso sobre El Quijote, que antes había impartido León Felipe. Por lo menos dio clase en la Escuela de Verano hasta 1943. Como este trabajo no pasaba más allá de seis semanas, Iglesia, entre otras cosas, recibió una beca de la Casa de España en México. Cuando esta institución se fundió en El Colegio de México, Iglesia pasó a ser uno de los miembros de su personal académico. Como todos los académicos e intelectuales de entonces, combinó su actividad de investigación y docencia con la traducción y la publicación de reseñas bibliográficas.<sup>10</sup>

Pero su situación emocional no era del todo apacible. La relativa estabilidad económica que alcanzó gracias, en mucho, a la intervención de Alfonso Reyes, presidente de la Casa de España, primero, y, después, de El Colegio. Andrés Lira —en el artículo referido en la nota precedente— traza un recorrido del quinquenio vivido en México por Iglesia, incluido un primer viaje a California, para “probar suerte” en Berkeley, y en el que tuvo que ser internado en The Libermore Sanitarium, tras haber sufrido un *shock* atribuible al exceso de trabajo. Ése fue, acaso, un primer aviso. Lira sigue el trayecto gracias al intercambio epistolar entre Reyes e Iglesia, que se conserva en El Colegio de México. Desde ahí es posible conocer las vicisitudes a que se enfrentaba y cómo podía ser una solución sana trasladarse a los Estados Unidos. Ahí, primero fue la Universidad de Berkeley en California, que lo recibió gracias a los auspicios del historiador Lesley Bird Simpson. Al poco tiempo, en 1947, lo encontramos

en Madison, Wisconsin. Ahí, aparte de dictar sus cursos, impartió una conferencia cuyo texto en español publicó en la revista *Cuadernos Americanos* y cuyo tema es la generación del 98.<sup>11</sup>

Manifiesto o testamento, el artículo, como apuntaba arriba, parece una diatriba contra la España que no añoraba. Inicia el texto rememorando el traslado de los restos de Ángel Ganivet a España en unas honras fúnebres presididas por el general Primo de Rivera. Lo que se interpretó como acto “revolucionario”, veinte años después era visto por Iglesia como anticipo de reaccionarismo. En el lenguaje de hoy, Iglesia se muestra revisionista ante los hombres del 98 y de otras generaciones. Así, hace tabla rasa con Pereda, Zorrilla y Menéndez y Pelayo, hombres de cara a la tradición, y acusa a Clarín, Pérez Galdós, la Pardo Bazán y Giner de los Ríos de “claudicantes e inseguros”. Pero su centro es Unamuno. Su san Manuel Bueno es muestra de escepticismo. Recuerda que alguna vez José Antonio Primo de Rivera dijo ser como el cura de Unamuno: no creer, pero hacer que los demás sí crean. De Baroja saca a cuento su “egolatría anárquica”. Si Unamuno se desesperaba, Baroja se aburría. Azorín también se manifestó antidemócrata, y Valle Inclán hizo gala de su entusiasmo por la tradición, vía el marqués de Bradomín, y terminó seducido por la Italia fascista. El único que se salvó fue Machado. Él sí se mantuvo firme y murió en la frontera, creyendo hasta el fin en la democracia. El texto tiene mucho, o es todo él, como ya dije, una diatriba, incluso un exabrupto. La vida de Iglesia desde el verano de 1936 no le daba para otra cosa. Su desasosiego lo hizo ser trashumante, hasta llegar a lo que pudo ser un invierno depresivo de 1947 a 1948, cuando el 5 de mayo, desesperado, se arrojó por la ventana de su departamento. Apenas pasó de 42 años. Los que tuvieron la suerte de haber sido sus alumnos lo recordaron siempre como un hombre fogoso, vital, tenso, un profesor extraordinario. Pese a haber escrito poco, su legado fue tan significativo que se le reconoce como uno de los renovadores de la historia de la historiografía en México.<sup>12</sup> ♦

<sup>8</sup> Expediente citado, f. 9.

<sup>9</sup> Archivo Histórico de la UNAM (AHUNAM), Centro de Estudios sobre la Universidad, expediente 7304.

<sup>10</sup> A. Lira, “El hombre Ramón y otros papeles. (Notas sobre un expediente)”, en *Historia Mexicana*, núm. 4 [184], vol. XLVI, abril-junio de 1997, pp. 871-887. Texto excelente sobre los días de Iglesia en México. Se centra en su situación vital y laboral.

<sup>11</sup> R. Iglesia, “El reaccionarismo de la generación del 98”, reproducido en la segunda edición de *El hombre Colón*, pp. 201-208.

<sup>12</sup> Lamentablemente uno de sus discípulos de la Escuela de Verano en México y después en Wisconsin, John Leddy Phelan, falleció hace algunos años. El economista mexicano Edmundo Flores, becario en Wisconsin en 1948, me refirió algún día su recuerdo del suicidio de Iglesia.